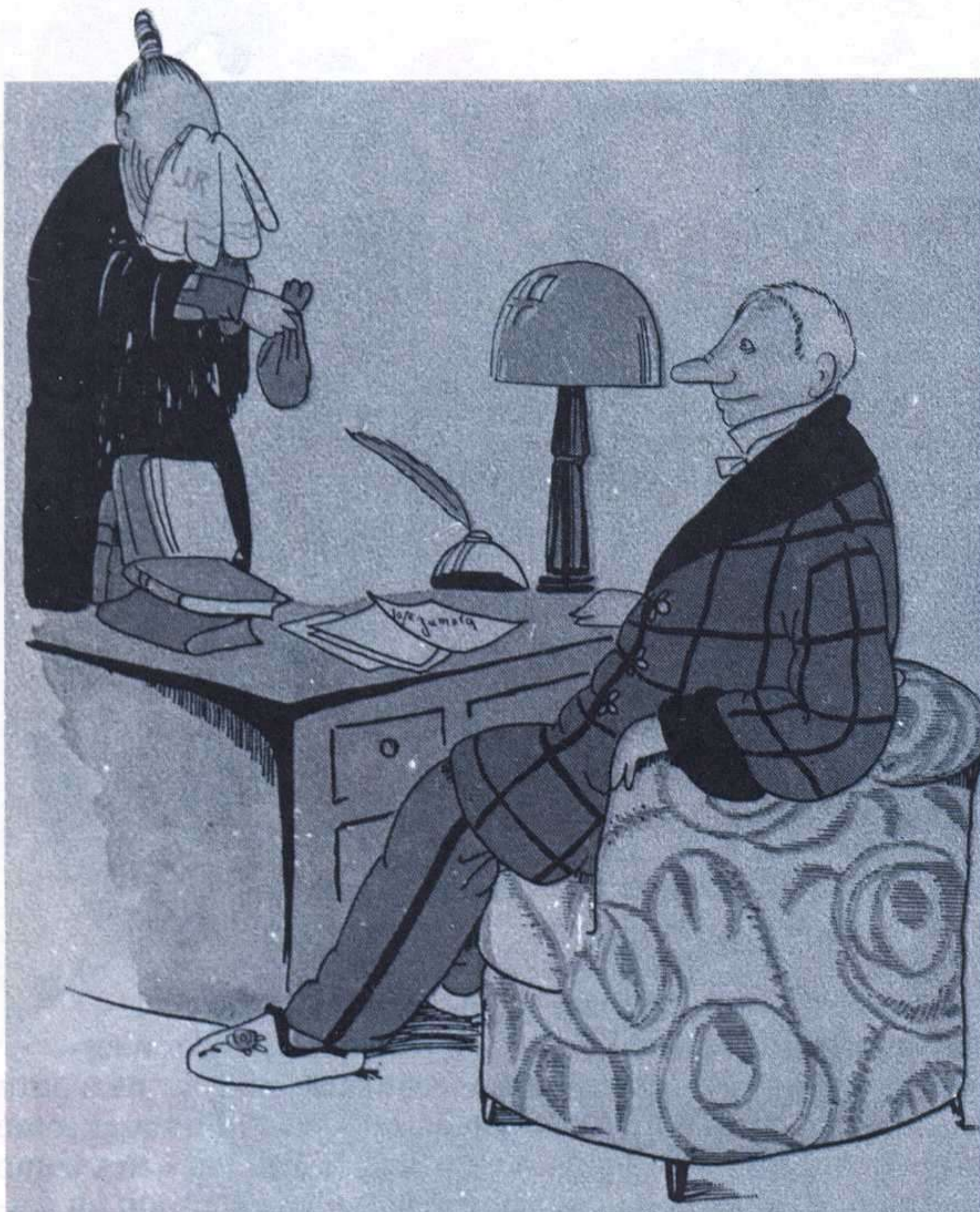


EN TEORÍA

Los cuentos de Calleja

por Seve Calleja*



Poco sabemos de la biografía del editor madrileño Saturnino Calleja (1855-1915), uno de los espíritus más inquietos e innovadores del escuálido panorama cultural español de finales del pasado siglo y principios de éste. El autor del artículo analiza el papel jugado por la Editorial Calleja en la difusión del libro escolar y de creación, y pasa revista a algunos de los autores e ilustradores reunidos en torno a ella.

J. ZAMORA. CUENTOS Y MÁS CUENTOS. S. CALLEJA. MADRID, 1925.

8

CLIJ19

La circunstancia de llevar este apellido, que tanto juego dio a la chanza en los tiempos escolares, ha sido motivo años después para intentar conocer y comprender algo mejor la ingente producción libresca con especial proyección en la infancia de aquel «homónimo», especie de entusiasta y filántropo editor que fue Calleja, de quien se cumple pronto el 75 aniversario de su muerte.

Escribir, leer, familiarizarse con la literatura, valorarla y tratar de difundirla desde el aula es, en cierto modo, tener algo que ver con aquel Saturnino Calleja, cuya labor editorial y pedagógica, vista en su inmediato contexto, se nos ofrece desde allí como un modelo con el que comprender no sólo los rudimentos de la genuina literatura infantil de hace un siglo, sino también con el que valorar los actuales parámetros por los que discurre, se valora, se escucha y se difunde la moderna literatura para niños y jóvenes: la importancia de las ilustraciones en los libros infantiles, el valor cada día menor del autor como sujeto creador, o la tiranía de la colección como referencia fundamental para el lector, el editor y los mismos lectores, uniformadora de gustos, motivos y estilos.⁽¹⁾

Libros para la escuela

De la biografía de Saturnino Calleja (1855-1915) apenas hay una escueta semblanza en las enciclopedias. Se sabe que fundó su casa editorial en 1875 dedicada exclusivamente a libros pedagógicos y recreativos, fruto, sin duda, de sus hondas inquietudes educativas, las mismas por las que convocaría en 1890 una asamblea de maestros para plantear un amplio programa de reformas («Proyecto de



J. ZAMORA. CUENTOS Y MÁS CUENTOS. S. CALLEJA. MADRID, 1925.

reforma trascendental», fue entonces el título de un discurso en el que abogaba por que el estado se adueñara de toda obra literaria considerada de dominio público); las mismas que lo impulsaron a fundar la Asociación de Librería de España, animado por la idea de unión entre editores, autores y libreros. Hay entre sus obras de cuño propio una cuyo título viene a reafirmar esta continua inquietud del editor madrileño por el fomento de la lectura: *Sobre el arte de enseñar a leer*. Hoy lo agruparíamos entre los grandes animadores a la lectura. Porque es claro que entre 1876 y 1915, es decir, entre la fundación de su editorial y su muerte, desempeñó un destacado papel en el ámbito educativo.

Con su editorial, Calleja introdujo un modelo de libro de texto caracterizado por su bajo precio y por la abundancia de ilustraciones. Libros por cuyos contenidos podrían agruparse en tres bloques: los relativos a las asignaturas de los programas escolares de Primera Enseñanza (de 6 a 12 años), libros de aventuras con intención moral y métodos de lectura. Ésta es una reseña en la que se menciona su particular línea editorial. Apareció publicada en *La Voz del Magisterio*, de Santander, y se reproduce en el *Tratado de Geometría* publicado por la editorial en 1895:

«Hoy, gracias a la privilegiada inteligencia e insaciable actividad de don Saturnino Calleja, lo mismo el rico que el pobre, el de la ciudad que el del campo, el de la escuela completa que el de la temporera, todos, en fin, tienen a su disposición libros escritos, impresos e ilustrados en armonía con las exigencias de la moderna pedagogía; libros con infinidad de 'santos', libros que les faciliten el penoso trabajo de aprender como al maestro el nada ligero de enseñar.»

Hoy no parece que haya, como antaño, escuelas completas y temporeras, ni se declara, abiertamente al menos, tan penoso el aprender ni tan poco ligero el enseñar. Han debido de cambiar mucho las cosas en el panorama educativo. Y, sin embargo, aun con todo lo añejo que hoy resulte, hubo en el editor madrileño mucho de precursor, por cuanto se propuso, y lo logró en gran parte, hacer de los libros objetos asequibles, prodigarse en series y colecciones infinitas, llenarlos de color y de imagen —de «santos»—, y que pudieran llegar a todos los rincones. Con unos pocos céntimos y, cuando no, bajo el papel de plata de las tabletas de chocolate. Porque así se expandieron los cuentos de Calleja.

Es cierto que hoy, a cien años vista, se miran y se tienen como curiosi-

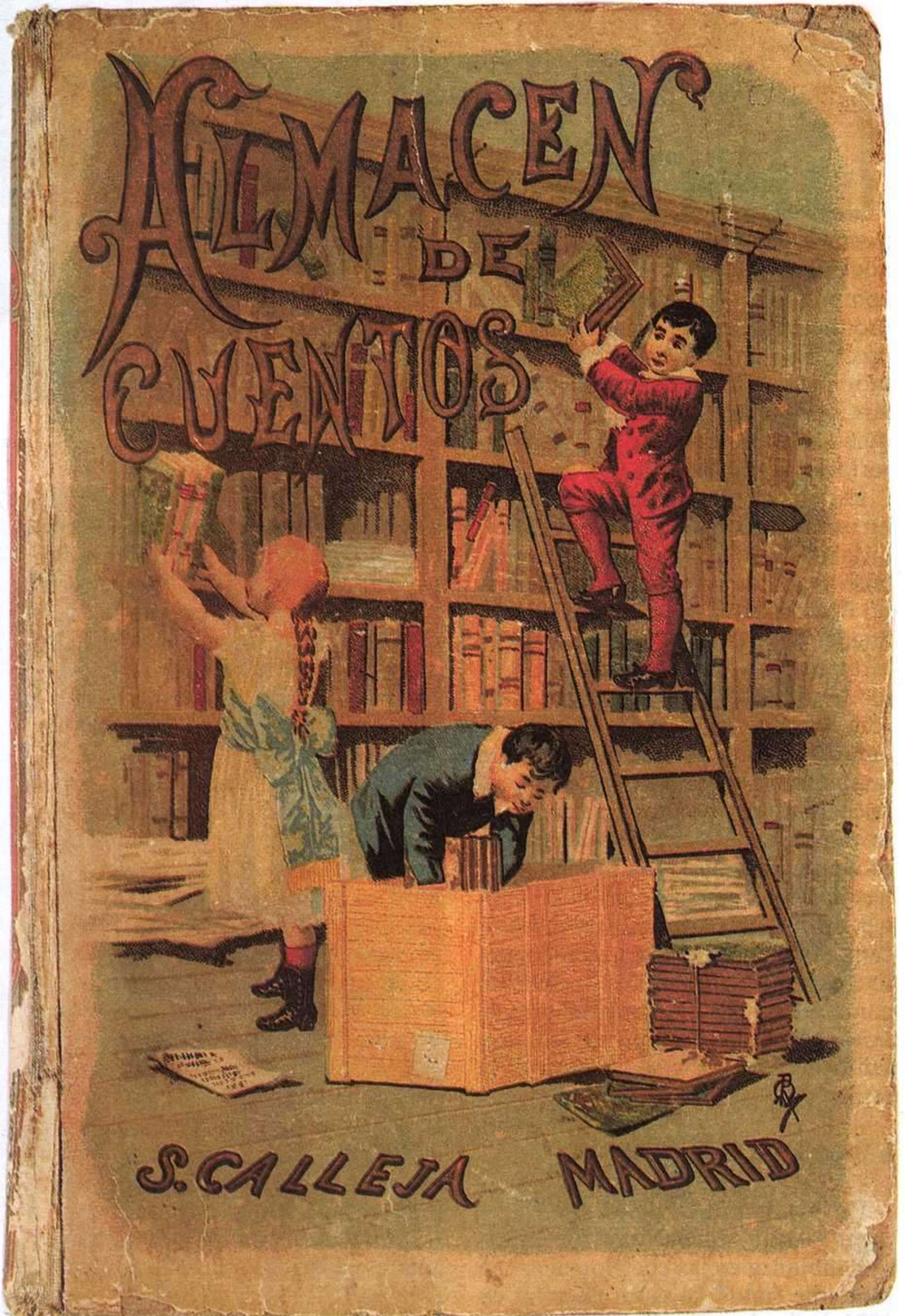
dad aquellas muestras de una literatura edificante y cutre donde el autor ni existe; si acaso, el dibujante, que lo fue muchas veces prestigioso ilustrador y figurinista de la época: Bartolozzi o Penagos, por ejemplo. Fue con todo un editor muy particular y un buen conocedor del ámbito escolar, tanto que quiso alzarse como su reformador. Y si no lo logró, sí que contribuyó desde la imprenta a enriquecer el pobre panorama editorial de su época con profusión de libros para niños.

Un estilo peculiar y plástico

El Juanito, su forzosa variante de *La buena Juanita*, *La niña modelo* o *la perla del hogar* (1913), *Los deberes de los niños* (1915) eran adaptaciones castellanizadas de modelos italianos, como el *Giannetto* de Parravicini, texto escolar por antonomasia desde mediados del XIX. En estos manuales de lectura, remoto precedente de la «Enciclopedia Álvarez», son casi siempre la escuela o el hogar el marco de referencia en el que se sitúa al protagonista modélico, para quien el premio o el castigo son el lógico desenlace de la historia. Esta estampa de escena escolar o familiar se repite una y otra vez en los libros de Calleja con los característicos grabados de N. Menéndez Bringas y con el sello estampado de los grabadores Sampietro y Vela.

El niño ante la pizarra o sobre su pupitre, o la explicación magistral del profesor ante un coro de niños diligentes. En otros casos, el escolar premiado o castigado ante su profesor o ante sus padres, son el motivo constante de las estampas, reflejo de un concepto de educación que el propio editor defendía y que se sustentaba en el esfuerzo y su consecuente recompensa.

Si es el hogar el centro de la escena, la estampa representa un cuadro familiar en el que cada cual lleva bien definido su papel: el padre-patriarca que alecciona a algún hijo mientras la



madre cose, un niño hace deberes y su hermana, bordados.

Este logrado ajuste entre lo que se narra y se dibuja muestra bien la adecuación del libro a los criterios de su

editor. De tal manera, el «libro para niños» es no sólo un juguete o una fuente de conocimientos, sino a la vez un modelo de referencia del orden establecido. Por eso juega tanta impor-

tancia la ilustración y con ella el interés del editor por hacerla tan profusa en sus creaciones.

Que el gran valor de muchos de sus libros estriba en sus apoyaturas gráficas parece desprenderse de la omisión sistemática del nombre del narrador, el arreglista o el recreador, frente al del dibujante, que en muchos casos eran primeras firmas del momento: figurinistas como José Zamora, Rafael Penagos o Sánchez Tena o grabadores como el mencionado Menéndez Bringas.

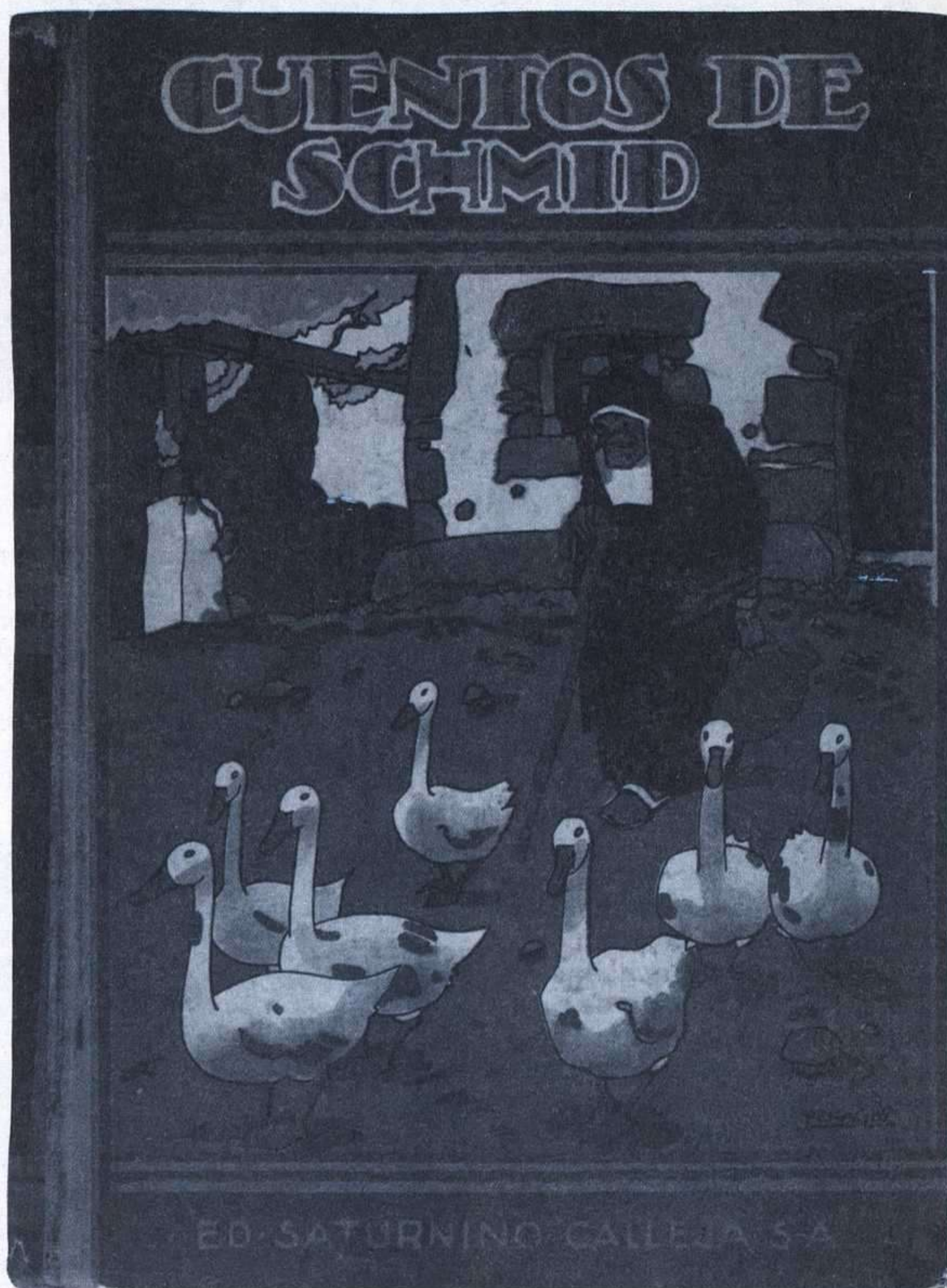
Tanto en los textos como en sus imágenes, los cuentos de Calleja llevan siempre un toque personal: la libre adaptación del motivo clásico, rayando con lo anacrónico unas veces y con la adecuación castiza casi siempre. La boda de Barba Azul aparece aderezada con carreras de burros, espectáculo de toros y de fuegos artificiales. El rey Tragabuches, el feísimo Lentejilla, el Barón de la Castaña, Poca Pupa... son nombres que por sí solos dan muestra de la libertad imaginativa de un editor y unos narradores que todo lo «arreglaban», y bajo cuyos argumentos se escondían piezas célebres de la cuentística universal: «El grano de cebada» es «La almen-drita» de Andersen; «El castillo de cartón», su «Soldadito de Plomo»; «Los pícaros y los tontos», la adaptación de «Los burladores del paño»...

Tal libertad e ingenio en adaptar no es sino muestra del empeño del editor por recuperar para el lector castellano el rico acervo de la cuentística que en Europa se había estado prodi-gando de unas ediciones a otras. Calleja cambia los títulos de las versiones originales, las expurga de escenas más o menos escabrosas y les añade siempre su toque pintoresco. El barón de Münchhausen queda así convertido en el barón de la Castaña. Donde sin duda llegará a sus cotas más altas esa capacidad de adaptación será en la versión prolongada del Pinocho de Collodi.

El Pinocho de Calleja y otras adaptaciones

La aparición de la Editorial Calleja es, como se ha sugerido ya, la puerta por la que irán entrando en tropel a la literatura española, a partir del último tercio del siglo XIX, los cuentos de los Grimm, Andersen, Perrault,

Las mil y una noches, obras, como decíamos, siempre adaptadas por una mano anónima, que muy bien podría ser la de los mismos dibujantes. Además de los mencionados, como Sánchez Tena, que solía ser autor e ilustrador de sus propios relatos, es Salvador Bartolozzi (1882-1940) la figura sin duda más cimera de cuantos



Portada de Penagos en la biblioteca Perla.



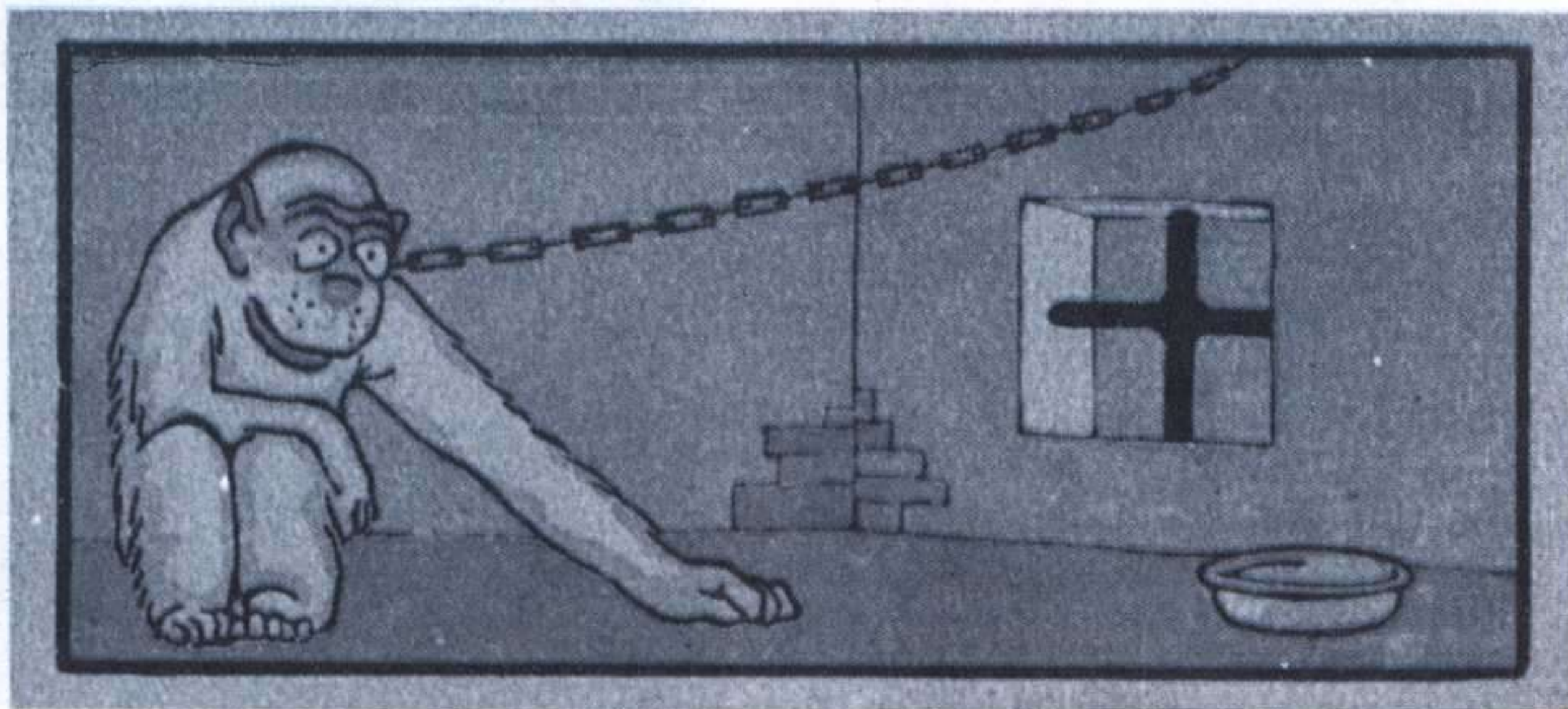
primir al autor-creador, al que sistemáticamente sule Calleja por el re-creador/arreglista-de-la-casa?).

Son innumerables las series y colecciones nacidas en sus prensas. Entre la más celebre de todas, la de los «Juguetes instructivos», aquellos diminutos ejemplares de cinco centímetros, en los que se desperdigaba camuflada la cuentística más variopinta, y las caras ediciones de la colección Perla, había otras muchas colecciones intermedias: El almacén de cuentos, La biblioteca ilustrada para niños, La biblioteca escolar recreativa, etc. No faltaron tampoco las traducciones de libros de aventuras del momento por medio de la Biblioteca Calleja, ni tampoco las obras de divulgación científica: *Los mamíferos*, *La civilización y los grandes inventos*, *La física al alcance de los niños...*

Con tal alto volumen y variedad de ediciones, la Editorial Calleja cuenta con unos fines bien precisos, presentes desde su origen en el ánimo de su fundador: «Aspiramos, más que a un lucro, difícil en esta clase de publicaciones, a popularizar y difundir conocimientos que hasta ahora han venido siendo patrimonio de una ilustrada minoría», rezaba su propaganda. En la medida en que la editorial trataba de dar respuesta al propósito con el que nacía, y que no era otro que el del hombre que mostró con la teoría y

rodearon a Calleja. Fue el director artístico de la editorial y con su peculiar adaptación del Pinocho iba a crear uno de los más populares personajes salidos de la editorial madrileña. A partir de 1917 empiezan a sucederse las andanzas del célebre muñeco italiano, esta vez qui jotizado al máximo, hasta el punto de tener su propio antagonista sanchopancesco: Chapete, el perverso y enemigo. La larga serie de «Pinocho contra Chapete» iba a ser más de cuarenta volúmenes: *Pinocho emperador*, *Pinocho en Jauja*, *Chapete, cazador de cabelleras...*, en los que el personaje original, desvirtuado del todo se transforma en personaje seriado de tebeo, abierto, como el moderno Tintín, a toda suerte de peripecias y situaciones en las que se entremezclan lo fantástico y lo «realista» o, por mejor decir, lo costumbrista, tan a tono con las preferencias editoriales. El Pinocho resume, en cierto modo, el peculiar es-

tilo editorial de Saturnino Calleja, por cuanto muestra la capacidad creadora —libre y moralista— de un editor que valora ante todo la cuentística folklórica, por eso la «recupera sistemáticamente», y la insufla de colorismo, (¿y no es, acaso, la cuentística tradicional la materia idónea para su-



J. ZAMORA. CUENTOS Y MÁS CUENTOS. S. CALLEJA. MADRID, 1925.

con la práctica su firme adhesión al mejoramiento de la Enseñanza Primaria, en esa medida habría de ir convirtiéndose la casa editorial en lo que terminó siendo, en la más popular de las empresas editoriales de todos los tiempos. Cabría señalar como curiosa anécdota que, todavía en 1945, una encuesta de preferencias lectoras aplicadas entre los niños madrileños mantenía las Aventuras de Pinocho y Chapeete entre los favoritos, junto a la Celia de Fortún, el Mickey de Disney o las novelas de Salgari. En esa misma encuesta,⁽²⁾ aparecen unos puestos más abajo los Cuentos de Calleja, en la casilla «título», como si de una obra concreta se tratara. En la correspondiente a «autor» nadie figura, como haciendo los honores a la constante y pretendida anonimidad que siempre defendió la editorial.⁽³⁾

Como aquel filántropo editor inglés de mediados del XVII que fue John Newbery, desde cuya librería publicaba y difundía unas publicaciones infantiles a precios irrisorios, o como el no menos empeñista impresor vasco de principios del XX, Isaac López de Mendizábal, desde cuya casa de Tolosa difundió silabarios, traducciones y hasta un Juanito vasco a imitación del modelo castellano —el Xabierto—, como tantos, en fin, promotores del libro y la lectura como instrumento formativo y lúdico, el editor madrileño Saturnino Calleja fue hace ahora un siglo un claro precursor. Hoy, cuando las ediciones infantiles gozan de calidades de impresión impensables entonces, de subvenciones, de organismos de apoyo y de un espacio en la escuela cada día más amplio, precursores como él, o como Araluce, Sopena o López de Mendizábal, han de evocarse como lo que en verdad fueron: importantes modelos de referencia. ■

* Seve Calleja es profesor de lengua y literatura y escritor.



J. ZAMORA. CUENTOS Y MÁS CUENTOS. S. CALLEJA. MADRID, 1925.

Notas

1. Son interesantes a este respecto, el artículo de Michel Tournier: «¿Existe una literatura infantil?», en *El Correo de la Unesco* (junio, 1982), y, especialmente, la monografía de Martínez Menchén: *Narraciones infantiles y cambio social*, Taurus, Madrid, 1971.
2. Dicha encuesta se recoge en *Medio siglo de libros infantiles y juveniles en España (1935-1985)*, de Fernando Cendán, Biblioteca del Libro, F.G.S.R., Pirámide, Madrid, 1986.
3. Buena parte del amplio repertorio de títulos, series y colecciones de la editorial, aparecen

recogidos en el *Catálogo histórico de libros infantiles españoles, de 1544 a 1920*, que figura como apéndice a la *Historia de la literatura infantil española*, de C. Bravo-Villasante, Doncel, Madrid, 1983 (4ª ed.). Asimismo, modernamente la Editorial Olañeta ha ido publicando en ediciones facsímiles parte de los más conocidos repertorios de la editorial madrileña: *Almacén de cuentos*, *Sucesos extraordinarios*, *Cuentos de Calleja en colores...*, obras con las que el lector actual tiene una oportunidad de reencontrar aquellas obras.